



el hombre ceñudo que había cerrado la puerta, ordenó: trae algo de beber.

"La Sombra" se detuvo un momento de pie, observando al pequeño hombre que tenía delante; después, se quitó su sobretodo y lo tiró sobre una silla con su sombrero. Lanzó una mirada rápida por toda la habitación y principalmente al hombre que le había abierto la puerta. Sin miramientos se sentó a la mesa en el lado opuesto de su huésped, Manny Strewl, apoyando los codos sobre la mesa, miró hacia adelante y preguntó: bueno, ¿de que se trata?

Es una cuestión de plagio - respondió Strewl sin preámbulo.

¿De que cuantía? - inquirió el gangster de los pelos hirsutos.

En ese momento, el tercer gangster, a quien Strewl había nombrado Jhon, regresó con whiskey, y "La Sombra" lo miró con ojos inquisitivos. A una señal de Strewl, el hombre abandonó violentamente la habitación. La mano de "La Sombra" se deslizó cautelosamente debajo de la mesa.

Bueno, se trata de un asunto que puede producir cincuenta mil dólares, - continuó Strewl - y el hombre que tenemos que plagiar es un miembro de una familia prominente y rica de Albany. Como usted comprende, no faltará gente sensible que pagará y se callará la boca; se trata de Jhon O'Connell.

¿Está usted loco? - gritó "La Sombra" - los O'Connell son dueños de casi toda la ciudad.

Ya lo sé - admitió Strewl - pero ¿y que con eso?

¿Cuanto me va a tocar de eso?

Bueno, reclamaremos doscientos cincuenta billetes de a mil - dijo Strewl - Le tocará a usted ciento veinticinco mil.

Pero es el caso que ninguno de nosotros conoce al joven O'Connell, - dijo "La Sombra" - podemos equivocarnos.

Manny Strewl tomó una copa de whiskey y poniendo el vaso sobre la mesa, introdujo su mano en una de las bolsas de su saco, extrayendo un recorte de periódico que correspondía a las notas sociales de un periódico de la mañana, donde se daba la noticia de varias defunciones.

Los funerales del viejo Patricio O'Connell, jefe de la familia, se celebrarán mañana, por ello lo mandé llamar hoy inmediatamente. Jhon O'Connell asistirá al entierro; no puede usted confundirlo; pesa doscientas cuarenta libras y es de seis pies de estatura. Usted y sus muchachos asistirán a los funerales y podrán observarlo muy de cerca y mañana lo esperaré a usted de nuevo aquí para arreglar los detalles.



Manny Strewl, el verdadero instigador del crimen y quien fué escogido para servir de intermediario entre los bandidos y la familia para negociar el rescate.

¿Está usted seguro que podremos cobrar los ciento veinticinco mil? porque no deseo tomar parte en plagios a menos que se pague muy bien. Son muy peligrosos.

¡Oh, seguro! - La voz y el gesto de Manny Strewl eran convincentes. En este plagio no va usted a arriesgar casi nada.

El gangster se levantó y tomando su sombrero y su abrigo, se los puso calmadamente, echándose el sombrero sobre los ojos.

Ninguno de los dos decía palabra; finalmente apareció en la puerta interior el hombre llamado Jhon, quien silenciosamente abrió la puerta.

Entonces Manny Strewl dijo con voz en que se notaba alguna timidez: ¿regresará usted mañana por la noche?

"La Sombra" lanzó una mirada enigmática sobre sus hombros a los dos hombres, y dijo brevemente: muy bien.

A la mañana siguiente, entre los muchos autos que componían el cortejo de los funerales del viejo Patricio O'Connell, se podía notar un sedan Packard negro con placas de Bronx. Cerca de la fosa había una multitud, mucha gente de la que asistía al entierro, no era conocida de la familia, pero recibían las coronas.

Entre las muchas personas que llevaban tributos florales, había cinco hombres con caras apesadumbradas; uno de ellos era alto, de pelo hirsuto, con ojos hundidos y siniestros. Este hombre - "La Sombra Diabólica" depositó una corona en forma de herradura, que llevaba un listón con la siguiente inscripción: "De sus amigos del Bronx", con aparente reverencia

sobre la tumba de Patricio O'Connell, mientras en su mente germinaban pensamientos siniestros.

Esa noche "La Sombra Diabólica" acudió a la segunda conferencia con Manny Strewl. Lo tenemos perfectamente localizado - anunció - y se trató del sitio en que secuestrarían a la futura víctima. Como no pudieron llegar a un acuerdo definitivo, convinieron en aplazar el plagio hasta que Strewl no hubiera resuelto este detalle del crimen.

Mande a su pandilla fuera de la ciudad entretanto - aconsejó Manny - que no se les vea en Albany antes del ataque. La razón por la que lo he invitado a este negocio, es que usted no es conocido en estos rumbos.

"La Sombra" convino en que era prudente proceder de esa manera, pero estaba impaciente. Había venido a Albany listo para entrar en acción y esta dilación lo ponía fuera de sí.

Llevarems a cabo algunos "trabajos" mientras esperamos - dijo a sus hombres.

Frente a Albany, en la orilla opuesta del río, está el pueblo de Rensselaer, Estado de Nueva York. Al medio día del 29 de mayo de 1933, se detuvieron dos automóviles frente al County Bank de Rensselaer y cinco hombres saltaron de ellos y se introdujeron en el edificio. Cuando entraban, Herbert D. Burhans, uno de los cajeros, los vió desde la ventanilla donde estaba trabajando. Notó que uno de ellos era más alto que los demás y llevaba una caja oblonga debajo del brazo y un sombrero fieltro de anchas alas echado sobre los ojos. Burhans se extrañó de las raras acciones de estos cinco hombres, pues no los reconoció como clientes del banco.

Burhans lanzó una exclamación cuando vió que el hombre extraía una ametralladora de la caja. Con más rapidez de lo que puede emplearse para decirlo, el hombre amenazó cubriendo con su arma a todos los empleados del banco, al mismo tiempo gritó: ¡manos arriba todos ustedes.

Burhans vió a sus camaradas que palidecían, cuando él mismo levantaba las manos, pero en su cabeza tenía la idea de llegar donde estaba la señal de alarma como a veinte pies de donde estaba él, pero como a quince pies, tenía el cañón de la ametralladora, listo para disparar.

La siguiente orden que salió de la boca del bandido, fué: ¡todos al fondo de la oficina!

Continuará.